UNA SEGUNDA OPORTUNIDAD.

"Me podéis dar una segunda oportunidad pero no os puedo asegurar que yo vaya a actuar de otra forma diferente a como lo hice, a mis ideales y a mi personalidad en definitiva" Posible traducción por parte del intérprete de James Cook durante su tercera expedición por el Pacífico sobre lo que respondió un cabecilla hawaiano que le había quitado el bote y se había rebelado contra la tripulación tratándolos con hostilidad después de que James le hubiese hecho un juicio oral en la cubierta de su nave HMS Resolution y le hubiese querido dar una segunda oportunidad para que se produjera un acercamiento entre los pueblos.

Ahora se arrepentía de haber escogido ese restaurante mejicano tan cutre para una cita que se le antojaba más que importante, imprescindible.

Desde la puerta observaba ese antro, no podía poner otro calificativo, que había ido degenerando poco a poco como lo hacen todos los edificios abandonados. Los objetos estaban estropeados y habían perdido su color original hacía tiempo intentando crear un ambiente clásico con un poco de solera pero sin conseguir otra cosa que aparentar decadencia con un agrio sabor a rancio.

- ¿Es esta la imagen que tendrá de mí la gente? - pensé.

Decidí fumar un cigarrillo, tenía todavía bastante tiempo antes de que llegase Luisa. Mejor, así podría recordar algunos aspectos que ahora, en la cincuentena, me llegaban con agrado de aquella época en la que Luisa y yo salíamos juntos. Las volutas del humo salían con forma de corazón, o al menos a mi me parecía verlas así, y eso era sin duda una señal de buen augurio. Me apetecía una cerveza bien fresquita y así se lo indiqué al camarero que fumaba otro cigarrillo sin nada mejor que hacer. El camarero me dió a elegir entre varias marcas mejicanas y sólo me sonaba Coronitas así que fue la cerveza que pedí y en el primer trago me arrepentí ya que me parecía que era poco más que agua coloreada.

- No tiene importancia - dije para mis adentros - ya lo compensaré con un buen vino en la comida.

Luisa había sido mi primer amor verdadero, incluso me atrevería a decir que el único. Antes y después de Luisa había habido muchas mujeres, claro, pero sólo habían sido historias pasajeras que con mi edad se mezclaban en una nebulosa poco definida, al contrario que Luisa a la que recordaba claramente, sobre todo al principio cuando entró como un tornado en mi vida, descolocando mis ideas y llevándome de un lado para otro con aquella energía que le caracterizaba. Una de las ventajas que tenía mi edad es que tenía tiempo para saborear los recuerdos, hacer las cosas con tranquilidad y disfrutar de las pequeñas cosas y ahora quería deleitarme con la idea del reencuentro con Luisa.

Aquel restaurante mejicano había sido la sugerencia de Luisa para nuestra primera cita hace más de treinta años. Lo acababan de inaugurar y era exactamente igual que ahora pero con todo el mobiliario nuevo. Luisa decía que todo lo mejicano era muy romántico pero yo nunca supe apreciar ese aspecto. Me vestí con mis mejores ropas para esa situación que en aquella época no eran gran cosa y llegué como ahora, un buen rato antes, porque quería presenciar la llegada de Luisa. Ella llegó tarde, y así me adelantaba lo que me esperaba en el futuro con ella, poniendo una excusa que yo me creí porque en aquella

época todo lo que venía de ella me parecía perfecto. Entramos cogidos de la mano y el ambiente que encontramos no podía ser peor ya que compartíamos el espacio con unos jóvenes revolucionarios y una despedida de soltera. Intentábamos hablar de cosas íntimas pero nos interrumpían esos gritos histéricos y esas voces que debatían si los cambios debían ser bruscos mediante una revolución o poco a poco en democracia aunque la revolución acabara antes de empezar ahogada en vasos de tequila. Para colmo perdí la sensibilidad en la lengua con tanto picante y en el alma con tantas margaritas que tomaba para calmar ese picor y terminamos besándonos a falta de conversación lo que consiguió que las chicas de la despedida nos corearan y Luisa reforzara su convicción acerca del romanticismo de los restaurantes mejicanos.

El mismo camarero que fumaba ahora su cigarrillo junto a mi fue el que nos trajo la cuenta, estaba más joven y menos castigado por esta mala vida continuada de los bares pero creo que llevaba la misma ropa que entonces aunque más sucia y repasada. Era mucho dinero, al menos eso me parecía a mí entonces, y quise impresionar a Luisa aunque eso significara quedarme sin dinero para el resto del mes pero ella fue más rápida y con una sonrisa cogió la cuenta de la mano del camarero y dijo - “Esta cena la paga el señor García” - que era como llamaba a su padre en algunos momentos y le respondí con una sonrisa franca y llena de alivio - “Pues a la salud del señor García y de su preciosa hija” - y entonces sucedió lo que no debía pasar. En ese momento en el que ella me miraba enamorada, mi estómago estaba lleno y ardiendo, mi mente relajada y anestesiada y mi corazón radiante de felicidad, tuve que mirar hacia la mesa de la despedida y mirar a la futura esposa que me miraba a su vez con deseo y entonces fastidié todo lo que era mi felicidad presente y futura poniendo la excusa de ir al servicio ya que mi vejiga estaba a punto de explotar y haciendo una señal a la novia cometí mi primera infidelidad a Luisa, nada más empezar a estar con ella.

El camarero me sonríe como si fuera capaz de compartir mis pensamientos y también se acordara de aquella noche y de aquellos primeros días en los que trabajaba con entusiasmo e interés. De eso ya no quedaba nada y los clientes sólo eran para sus ojos el dinero que le permitía llegar a fin de mes. - ¿Quiere usted un tequila para ir abriendo boca?. Pero yo no necesita eso sino poder cambiar el pasado y hasta mi forma de ser. - Quizás prefiera la cerveza Desperado con un toque de tequila…. - y vuelve otra vez el recuerdo del tequila a mi mente y mi estómago. Esa noche se prometieron amor eterno en cada una de las farolas que había hasta la casa de Luisa y en el portal ella no quería separarse y decía frases que sacadas del contexto eran verdaderas tonterías mientras que yo quería irme ya que había quedado en breve con la novia de la despedida para poder terminar lo que habíamos empezado en el servicio. Intenté simplificar los “y yo” o los “y tú más” y empecé lo que sería un hábito a lo largo de mi vida: cuando tenía algo seguro iba a por más, o dicho de otra forma, era un ambicioso insatisfecho que siempre buscaba nuevas emociones sin disfrutar las antiguas. Así que desaproveché el tiempo pasado con Luisa, que ahora recordaba el mejor de mi vida, buscando otras relaciones que no me aportaban casi nada pero que vivía como retos que debía conseguir. Así que lo de Luisa terminó, no podía ser de otra manera, con insultos, llantos y trapos sucios que ella restregaba contra mi cara una y otra vez.

Ahora estaba en una edad en la que el pasado ocupaba más tiempo en mi cabeza que el futuro y me acordaba con melancolía algunos momentos con Luisa: yo tumbado sobre sus

piernas observando cómo su cara se asombraba con algunas lecturas, los dos dándonos de comer mutuamente con las caras manchadas o aquellas puestas de sol que intentábamos no perdernos mientras nos abrazábamos fundiéndonos en un solo cuerpo. Para recuperar todo esto quería una segunda oportunidad, rehacer mi vida, borrar todo lo sucedido en este restaurante mejicano para volver a escribir mi historia con Luisa sin tachones. Entregarme totalmente a ella evitando las distracciones porque creía que en todos estos años había aprendido y estaba preparado para poder superar cualquier cosa que me propusiera sin querer darme cuenta que cuantos más años pasan viviendo de una manera, más difícil es cambiarla.

Todos estos pensamientos le habían hecho tomar la decisión de vivir con Luisa una vida de veinteañeros sin tener en cuenta que tenían treinta años más en sus espaldas y que no sabía qué había sido de ella en todo este tiempo, por no saber no sabía si tenía hijos o si estaba felizmente casada. Le preguntó al camarero por la carta de vinos ya que necesitaba un buen caldo para afrontar esta situación que cada vez le parecía peor idea - “Hace tiempo que no tenemos vino. Nadie lo pide. Aquí la gente viene a beber tequila y cerveza que para eso estamos en un restaurante mejicano” - le respondió el camarero con dureza, sin duda la simpatía no estaba entre sus virtudes.

Cuando llamó a Luisa no se había mostrado muy eufórica ni tan siquiera alegre de escucharle de nuevo, yo lo clasificaría como seria o distante pero no era de extrañar después de 30 años de no hablarnos y con el recuerdo de nuestra despedida en la mente.

- ¿Cómo has conseguido mi teléfono?
- Me lo dio ese amigo que tenemos en común, el único que ha seguido en contacto con los dos.
- ¿Y, qué quieres?
- Una segunda oportunidad.
- ¿Qué?
- Que nos veamos, que comamos juntos, no sé, que hablemos…
- Un poco tarde, ¿no te parece?
- Yo creo que no, que no es tarde quiero decir. (silencio largo)
- Está bien, dime cuando quieres que nos veamos.
- Cuando tú quieras.
- Mañana a las 3 tengo un hueco en mi agenda, elige tú el sitio.
- Pues… yo había pensado en el restaurante mejicano donde cenamos por primera vez.
- ¡Qué gracia! Yo pensaba que no te gustaba, eso me dijiste la última vez…
- No me lo pongas más difícil.
- Está bien, estaré allí a las tres pero sólo para comer, ¿eh?
- Sí,sí, claro - le decía mientras pensaba que durante la comida tendría tiempo de convencerle para que se quedara más tiempo, cafés, combinados, charla divertida,...

Todavía faltaban diez minutos para que llegara Luisa si es que no había cambiado su impuntualidad crónica y es que Luisa es de esas personas que llegan tarde para saber si la persona que la espera merece o no la pena. Yo la esperaría lo que hiciese falta. En ese momento el camarero se vuelve a poner a mi lado después de atender la única mesa

ocupada del restaurante donde un hombre y una mujer parecen mantener una comida de trabajo ya que apenas hay complicidad entre ellos. El camarero parecía arrepentido de su contestación anterior y busca conversación de temas banales que a mi no me interesan lo más mínimo y a los que respondo con monosílabos pero el hombre no coge la indirecta. Empieza a criticar la política municipal y cómo le fríen con impuestos achacándose el mérito de que todas las obras de esta ciudad se hacían gracias a él. Yo, por otro lado, intentaba imaginar cómo sería Luisa y qué cambios se habrían producido en su rostro, en su cuerpo y en su forma de ser, sólo tenía la imagen de mis recuerdos y de una foto que guardaba en mi cartera con treinta años menos. Pero el camarero no cesaba de criticar y había empezado a hablar de lo difícil que era hoy en día tener un negocio y cómo el pez grande se comía al chico y que con tantas franquicias era imposible sobrevivir con dignidad hasta que el golpe de un plato contra el suelo lo enmudeció y me sacó a mi de mis pensamientos. La mujer comensal de la única mesa ocupada se levantó y salió como un huracán mientras que el hombre se mantenía sentado y cabizbajo. El camarero entró en el restaurante echando pestes sobre lo caros que estaban los platos y el coste de la vida mientras que dentro de mí iba creciendo la ira porque todo estaba saliendo fatal antes de empezar. Seguía sin sentir el romanticismo de ese lugar, y me fastidiaba haber sido yo el que lo eligió, sabía que el picante me iba a sentar fatal y la digestión no iba a ser nada placentera, no había vino que siempre era un refugio seguro y todo allí, empezando por el camarero, era cutre y viejo, parecía querer recordarme ese sitio la edad que yo tenía. Y para colmo, Luisa no había estado por teléfono ni cercana ni cariñosa y todo parecía presagiar que iba a terminar como el hombre cabizbajo de aquella mesa solitaria del restaurante, abandonado después de una bronca.

No había necesidad a mi edad de tener que pasar por una situación así y todavía podía evitarlo, así que pagué la cerveza que no me había bebido y salí rápido de allí perdiendo esa segunda oportunidad, esa situación tantas veces soñada e idealizada los últimos días con la mujer que ahora mismo se cruzaba conmigo y a la que no quise mirar y mucho menos contestar a esas palabras que me dirigía con sorpresa pero que no quise escuchar.